

dades que no palpan los sentidos, y estas exigen tambien socorros urgentes que han llenado y llenan las instituciones religiosas. A hombres que tienen fe debemos hablar con el lenguaje de la fe, y según esta nuestro espíritu, destinado á una vida inmortal, necesita de auxilios para no desfallecer en el penoso camino que á ella le conduce. Las instituciones religiosas proveen de esos auxilios, y cuando no fuese otro el servicio que prestasen, serian por ese solo altamente útiles y meritorias. Cuando los pueblos católicos vivan animados por los sentimientos que inspira su profesion de fe, entónces veremos desaparecer tantas preocupaciones que les afectan con perjuicio de sus verdaderos y mas nobles intereses.



CAPÍTULO XXX

La Araucanía. — Luis Valdivia y sus trabajos admirables. — El P. Van den Mereng. — Restablecimiento de las misiones. — Una escena entre los araucanos al recibir un sacerdote. — Division del territorio. — La Sociedad Evangélica. — Cuestion sobre el sistema de misiones adoptado.

Un pueblo existe en el corazon de la América en cuyos habitantes ninguna trasformacion produjo el influjo de la conquista ni el poder de las armas españolas. Él conservó sus costumbres, su carácter y su orgullo á despecho de aquellas, y despues de sostener tres siglos de guerra sangrienta con heroísmo, desafía aun á sus enemigos blandiendo su terrible lanza. No perdió la heredad que le dejaron sus mayores como los otros indigenas de América, ni abandonó el hogar paterno á los extranjeros, ántes bien con altivez se llama señor de sus fértiles campiñas, donde destrozó los ejércitos mas numerosos y aguerridos que envió la España para conquistar el Nuevo Mundo. Este pueblo no retrocedió espantado cuando por primera vez brilló delante de sus ojos el fuego de los fusiles é hirió sus oídos el estampido del cañon; ni tuvo á los

europeos por seres sobrehumanos que combatian con rayos y se movian sobre monstruos ligeros como el viento; miraron los cañones como armas de enemigos dirigidas contra la patria y pensaron en tomarlos; consideraron á los españoles como soldados valientes y trataron de combatirlos; conocieron la gran ventaja que daban los caballos á sus enemigos y resolvieron apoderarse de ellos á toda costa. ¿Quién no admira esos excesos de amor patrio que brillan en las jornadas de Marigüenu y Tucapel donde fué humillado el leon de Castilla por los hijos de Araúco? Mas considerando la rapidez con que la civilizacion se ha derramado en todo el territorio chileno y que la luz de una misma fe ha unido tambien á todos sus habitantes en un solo cuerpo de nacion, no admira ménos cómo un puñado de hombres puede conservarse salvaje en medio de aquella civilizacion y bárbaro rodeado por la luz del cristianismo. Es este sin embargo un hecho que se realiza en el país mas avanzado de la América española; pero un hecho que lamenta con justicia todo hombre que conoce cuánto importa para el porvenir y para la grandeza de las naciones uniformar las leyes y las costumbres de los individuos que las componen. Mas Chile, á pesar de tantos esfuerzos como hicieron los antiguos capitanes generales mandados por el rey de España y otros tantos nuevamente hechos por el gobierno republicano, está dividido por los araucanos hóstiles á la fe que viven empeñados en sostener las costumbres bárbaras que heredaron de sus abuelos en un territorio hermoso, rico y rodeado por todas partes de pueblos activos, inteligentes y civilizados.

Un hombre extraordinario concibió el arduo proyecto

de reunir pacíficamente estas dos grandes porciones de la nacion chilena uniformando el sentimiento religioso en los ciudadanos de ambas. Este hombre fué Luis de Valdivia, cuyos trabajos asiduos, largos viajes é inmensos sacrificios hechos por la causa de la civilizacion le granjearon títulos tan honrosos y tan bien merecidos para la gratitud de la humanidad entera, como los de Las Casas, Anchieta y otros tan filantrópicos y tan beneméritos para la América como lo fueron estos. Mas no eran las armas españolas las que debian triunfar de los araucanos segun el sistema de Valdivia; el principio religioso era el único que podia reducir á aquellos hombres á habitar en pueblos, á entablar relaciones de comercio con los europeos y á someterse á las leyes que rigen en todos los países civilizados. Pedia para esto que se retirasen los soldados españoles del territorio araucano, que se alejase tambien de este todo cuanto pudiese inspirar temores á los indígenas y que se concediese á estos mismos estar exentos de ciertas leyes cuya observancia les era insoportable. Este plan de Valdivia que mereció en Madrid la aprobacion de Felipe II y de su consejo, no obtuvo en Chile la de los subalternos de aquel rey y quedó por consiguiente sin ejecucion. Las misiones entabladas en la Araucania ántes de aquella época y devastadas en una de tantas convulsiones ocasionadas por la guerra quedaron arruinadas, y la sangre de los sacerdotes regó abundantemente los sombríos bosques de Villarica y de Valdivia, así como los valles amenos del Cauten y Riobueno.

No se crea por eso que la civilizacion de los araucanos por el cristianismo ha dejado de tener despues de aquella



época ardientes promotores. Bien conocidas son las fatigas apostólicas del P. Van den Mereng, llamado ordinariamente con el nombre de Felipe Lagunas. Su vida nos recuerda la del apóstol de los indios del Oriente san Francisco Javier á quien trató de imitar Lagunas entre los indígenas del Occidente. Viajando á pié, descalzo, perdido á veces entre los espesos bosques de Valdivia, errante por las solitarias márgenes de los grandes lagos de Nahuelguapi y muriendo en fin de fatiga y de postracion en medio de campos desiertos, á la sombra de un árbol solitario y sin mas compañía que la de sus neófitos que le seguian, realizó en Chile uno de esos bellos rasgos de abnegacion sublime que presencian todos los dias los cristianos fervorosos de la Cochinchina y del Tonkin.

Sin embargo, cualquiera que fuese la importancia de aquellos trabajos, es un hecho que fueron infecundos en gran parte, puesto que las conversiones han quedado reducidas á las fronteras de la Araucania y los misioneros no han vuelto á establecerse sino de un modo precario y poniendo en peligro su vida, aun en los lugares mismos donde existieron ántes. ¡Qué triste impresion producen en el alma del viajero esas grandes cruces que de vez en cuando divisa en valles desiertos y se conservan medio carcomidas en los lugares donde en otro tiempo existieron templos consagrados al verdadero Dios! Yo he recorrido una gran parte de ese país, uno de los mas pintorescos de la América; he visto arruinadas las iglesias donde se reunian los neófitos y los convertidos á la fe, y derruidos los edificios que servian de escuelas para los niños. En su recinto habia ya árboles corpulentos, cuyo

nacimiento y desarrollo debió contribuir no poco á la ruina de algunos. Esto que yo observé en Niebla y en Cullinco sucede tambien en otros lugares y deja ver perdidos é inutilizados los trabajos que realizaron en dos siglos de fatigas tantos hombres emprendedores. Pero el espíritu católico que alimenta en todo el mundo las empresas mas arduas, no ha abandonado esta en cuyo desarrollo tantas dificultades se han tocado. Nuevos colegios de propaganda han sido establecidos y de ellos salen ejércitos de capuchinos y de franciscanos que trabajan incesantemente en la conversion de los infieles. Estos mismos han pedido misioneros alguna vez y sensible el gobierno á sus manifestaciones de querer abrazar la fe cristiana, se apresuró á mandarles sacerdotes que les instruyeran en sus verdades y reedificaran los templos destruidos. Un viajero nos describe una de esas escenas que pueden solo realizarse entre bárbaros y donde á las costumbres de la vida salvaje se juntan los efectos de la anarquía en que viven los hombres que no conocen, como los araucanos, otros jefes que los elegidos por ellos mismos. « Por mas de veinte años, dice, habia quedado solitario el llano de Tucapel, sin cruz y sin mision, cuando por un espontáneo impulso de los mismos indígenas fueron algunos á pedir al jefe de la provincia que se restableciese aquella y se les mandase un religioso como ántes habia. Se apresuró el gobierno á mandarles un misionero que debia reedificar la iglesia de la mision y un pequeño convento contiguo á ella. Pero, llegado el religioso al fuerte de Tucapel, se despertaron en los indígenas los antiguos celos y temores por su independenciam; empezaron á

desconfiar del don que les mandaban, como ellos decian, los hijos de los españoles, y se formaron dos partidos opuestos, de los cuales el uno aconsejaba que no fuese admitido el religioso, y se hiciese oposicion á la reedificacion del templo, miéntras el otro persistia en los deseos de ver renacida de sus cenizas la antigua mision de Tucapel. No hubo tiempo para entrar en largos debates y razonamientos : recurrieron al arbitrio mas natural entre los salvajes, al fallo de la suerte, y armaron para esto un juego de chueca, que decidiese el triunfo de una de las dos opiniones. Mas de quinientos indios se reunieron en estos mismos campos, donde tres siglos ántes se confesaba el bizarro Valdivia con su capellan un rato ántes de recibir la muerte. Fué de tres dias la lucha, armada con todo el aparato de ceremonias las mas solemnes, y sostenida con todo el ardor propio de aquella gente. Pero en fin se decidió la suerte en favor de los *amigos del Padre*, y todos unánimemente convinieron en que se le debia admitir y reedificar el convento. Empero no por eso habian desistido los prudentes y astutos caciques de los justos recelos que les suscitaban el amor á la libertad y á la independencia araucana. Hubo un parlamento y en él se trató de arreglar los asuntos de la nueva mision. Se reunieron mas de ochocientos indigenas ; se plantó una cruz y á la faz de ella declararon que todos gustosamente admitian al padre misionero ; pero al mismo tiempo impusieron á este la condicion de no traer á Tucapel trabajadores españoles. « Tú nos vas á enseñar, le decian, y nosotros haremos lo que mandes. » Tengo presente al devoto Padre, hijo de las riberas del Tiber, que, vestido de

un hábito recoleto, se agitaba en medio de sus membrudos trabajadores, enseñándoles, y agotando con ellos hasta lo último su paciencia (1). » En esta escena aparecen puestas en relieve las antiguas preocupaciones de la raza araucana que combaten todavia vigorosamente resistiendo al empuje con que las arroja la civilizacion cristiana.

La conquista de la Araucania, considerada bajo su aspecto religioso, despues de la expulsion de la Compañia de Jesus, fué confiada á los religiosos de San Francisco que sucesivamente establecieron colegios en las ciudades de Chillan y de Castro. Posteriormente fué dada la parte sud del rio Cauten á los capuchinos, los cuales establecieron tambien sus misiones y un colegio en la capital de la república.

Algunos hombres entusiastas por el progreso de Chile concibieron el proyecto de asociarse para trabajar en la reduccion de la Araucania. Efectivamente, poniéndose bajo la direccion del arzobispo de Santiago, establecieron una Sociedad que tomó el nombre de Evangélica y se inauguró solemnemente (2) en medio del entusiasmo que despertan las grandes empresas de caridad en los pueblos dominados por el espíritu religioso. Trabajar ardientemente en la propagacion del cristianismo en la Araucania ; procurar para las misiones los auxilios necesarios á fin de que pudiesen llenar su objeto los sacerdotes que las sirven ; despertar en todas las poblaciones de la república la caridad en beneficio de aquella obra interesante, y remover las dificultades que podian encontrar en el gobierno

(1) I. Domeiko, *Araucania y sus habitantes*.

(2) 4 de Agosto de 1850.

los proyectos de los misioneros dirigidos á dar mayor ensanche al celo sacerdotal mejorando la condicion de las misiones, era el programa de los trabajos que la Sociedad se proponia emprender. Una pingüe renta, destinada para las misiones de infieles por orden de la Santa Sede, y puesta luego á disposicion de la Sociedad Evangélica para que por su conducto llegase á su destino, colocó á esta en situacion de llenar su programa. Mas existe en el hombre por vicio de nuestra propia humanidad una propension á traspasar el límite en que debe contenerse para obrar. Y esta propension en negocios que se rozan con lo espiritual, es por desgracia una de las dolencias de que se resienten á veces instituciones destinadas á producir inmensos bienes. La Sociedad, porque distribuía aquellas rentas, pretendió tener derecho á intervenir en la marcha que debian adoptar los misioneros, y estos creyeron ver una ofensa en aquella pretension. Contestaciones ruidosas y de las que se ocupó la prensa nacieron de esto que jamas debió pasar de un mero incidente; de un mero incidente, decimos, porque la Iglesia católica tiene adoptado un plan para convertir infieles y solo á ella le toca variarlo ó modificarlo. Ni los obispos, ni las sociedades que se establecen para auxiliar la propaganda, sea cual fuese el rango á que pertenezcan los miembros que la componen, pueden tocar aquellas disposiciones sagradas. Sin embargo, en la Sociedad Evangélica se discutia aquella materia, se discutian proyectos sobre variar las congregaciones encargadas de las misiones, « se creía conveniente buscar nuevos obreros mas inteligentes, mas activos, mas experimentados, mas empeñosos, mas llenos,

en una palabra, de ardoroso y santo entusiasmo... » que los que actualmente estaban encargados de las misiones de la Araucania. Se conocia tambien que los negocios de esta naturaleza son muy graves, que la materia necesitaba de mucha meditacion y estudio,... que los PP. de la Compañía de Jesus eran los mas competentes para la conversion de los indígenas, porque su instituto estaba fundado bajo el fin de las misiones, y que toda la América habia experimentado su benéfico influjo cuando estas estaban gobernadas por ellos... Se creía muy difícil poder realizar el nuevo plan de misiones que se proponia por un individuo, porque ántes no habian podido allanarse las dificultades que se encontraron. Todo esto se conocia y se discutia; pero negocios de esta naturaleza donde se agitan intereses espirituales de primera magnitud, « donde existen, como se decia, graves dificultades que vencer para llegar al fin que se pretende, » y tratándose de misiones que por su naturaleza y por los ministros que las ejercen dependen inmediatamente de la Santa Sede, no se recordó que á esta debia ántes de todo recurrirse para consultar cualesquier género de variacion, porque solo el Papa puede legislar sobre los misioneros encargados de predicar á los gentiles la fe y decidir cuál medio sea el mas conveniente para hacer esas misiones con mayor provecho. Las sentencias en esta materia ni pueden ni deben buscarse, segun derecho, sino en el vicario de Jesucristo á quien se concedió la plenitud de potestad en todas partes. Nada de esto se tuvo presente, lo repetimos, y si no resolvió por entónces la Sociedad Evangélica en conformidad con estas ideas emitidas